

Quereis ahora que os cuente la historia de ese pobre jóven, de ese infeliz y olvidado Cartujo, de ese resignado penitente de Miraflores?

Es una historia moderna, de nuestros dias, de ahora mismo puede decirse, una historia triste..... triste como su muerte.

#### IV.

##### LA HISTORIA DEL CARTUJO.

TODAVÍA no tenemos nosotros como los franceses y alemanes — y en la época en que empieza nuestra accion mucho menos que ahora, — esas caravanas de artistas viajeros y vagabundos, bohemios del arte, que, el album bajo el brazo, atraviesan todos los mares, cruzan en todas direcciones los paises, dan por fin la vuelta al mundo llevados por el ardor novelesco de su imaginacion, impelidos por esa voz incansable del genio que continuamente murmura á sus oidos el profético: *Anda! anda! anda!*

Sin embargo de cuando en cuando, peregrinos del arte, algunos jóvenes artistas reciben nuestros abrazos postreros y se alejan á su vez de nuestras playas, á su vez torturados por ese ardiente deseo de gloria que abrasa poco á poco una existencia. Oh! y es que no hay peor Saturno que la gloria!

Lo que á nosotros con estos, sucedia en Cádiz á últimos del año 1828 con algunos amigos que despedian á Ernesto de A\*\*\*, jóven y estudioso pintor español, que, cediendo á ese invencible deseo que llega con el tiempo á ser una necesidad, se embarcaba para.....

Para dónde podia ser sino para ir á visitar el oasis de los artistas, la siempre hollada pero siempre vírgen Italia?

Partió pues y llegó á Venecia despues de haber pasado medio año recorriendo varias capitales de su tierra prometida: es decir, fué á ver á la sultana despues de haber visitado á las odaliscas.

Una vez allí Ernesto quiso enterarse de todo, verlo todo, tocarlo todo; pero en Venecia entonces nadie se ocupaba mas que de una cosa, ni pensaba en nada que no fueran los triunfos de la *prima donna* Laura, ó las locuras que para alcanzar su amor hacia el inglés lord Viklon, quien un año hacia que la seguia por todas partes como una estela, derramando su oro á manos llenas solo para lograr una mirada de la *diva*.

Venecia la hermosa bullia de agitacion y movimiento. Y es que cuando Ernesto llegó, en aquel pueblo idólatra por las artes, el *debuto* de una cantante ó la representacion de una ópera era de tanto interés como entre nosotros la caida de un ministerio ó.... una corrida de toros.

El nombre de Laura salia de todos los labios, era el objeto de todas las conversaciones, y nadie la nombraba sin añadirla el epíteto de *brava*, *benedetta*, *diva*. Las prodigalidades de lord Viklon daban lugar tambien á no pocas hablillas y comentarios.

Lord Viklon, en efecto, merecia fijar las miradas de todos despues de la ensalzada *prima donna*. A su paso un dia por Nápoles, el escéntrico y fastuoso lord que estaba ya cansado de correr el mundo huyendo del spleen, y que acaso no veia ya mas término á su mal que el vulgar nudo corredizo de un cordon de seda ó la prosaica boca de una pistola de plata, el escéntrico lord, decimos, habia visto y oido á Laura en el teatro y... adios *spleen* y proyectos suicidas desde entonces. Habia quedado completa y perdidamente enamorado, y desde aquel momento gastaba su dinero y su tiempo siguiendo á la *prima donna* que, insensible á sus ruegos como una moderna Aretusa, le dijo por fin un dia, para acabar con una persecucion que la fatigaba:

— No he de ser de nadie mas que de un esposo. Palabras que en su boca valian tanto como el *qu'il mourut* de Corneille.

El noble lord sin embargo se rió y continuó siguiéndola; la *prima donna* se encojió de hombros y continuó insensible.

Nunca se ha visto en Venecia igual entusiasmo, igual delirio, igual frenesí al que provocó la simpática cantatriz. Torrentes de aplausos la saludaban, jamás se satisfacía el público de llamarla á la escena, una completa lluvia de flores caia á sus piés, acompañábanla en triunfo por las calles y dábanla serenatas bajo sus balcones.

Ernesto, jóven de corazon y de imaginacion ardiente, se sintió arrastrado por el mismo vértigo que dominaba á los venecianos, y fué á los pocos dias de su llegada á tomar sitio entre el apiñado gentío que sitiaba desde hora muy temprana la puerta del teatro.

Daban por vez primera el *Otelo*. La sala estaba llena, los corredores inundados. Ernesto pudo hallar por casualidad un sitio en la orquesta donde tenia que estar en pié, es verdad, pero qué le importaba? No era su único objeto oír á aquella que con su sola voz hacia delirar á todo un pueblo?...

Cuando se descorrió el telon y Laura apareció en la escena, todo aquel inmenso gentio pareció dejar de respirar, de vivir, todos aquellos corazones cesaron de latir para que un latido solo no interrumpiera el silencio de la sala.

Laura era bella, era bella como todo lo que de mas idealmente bello pueda forjarse la imaginacion de un pintor entusiasta: su mirada embriagaba como el aroma de un ramillete, su sonrisa atravesaba el pecho como la punta de una daga.

Laura era bella. Apareció como una estatua antigua, lentamente adelantóse hácia el proscenio dominando con su mirada toda aquella multitud palpitante y silenciosa; sus labios se estremecieron, su seno se agitó á las primeras vibraciones de la orquesta y su voz, su májica voz, dulce y sonora, empezó á lanzar sus armoniosos raudales de notas como sus trinos purísimos el melancólico trovador de las alamedas.

Oh! quién es capaz de describir durante el curso de la ópera todo aquel tesoro de armonías de una artista y toda aquella orjía de placeres de un pueblo! Laura estaba arrobadora. Su voz, ya como un canto venido del cielo, ya como un eco subido del infierno, vibraba en todas las almas, penetraba en todos los pechos, ora enterneciéndoles con melódicas cadencias, ora desgarrándoles con acentos crueles y dolorosos. En seguida, como un atleta fatigado por su victoria, Laura se detenía, los brazos caidos, los ojos marchitos, pudiéndose casi ver su abrazada respiracion escaparse oprimida, desigual, jadeante, de su palpitante garganta.... y en tanto la muchedumbre allí, á sus piés, sin fuerza, sin voz, osando apenas aspirar el aire. Entonces, como un trueno interrumpe de pronto la calma de la naturaleza, solo un grito, solo una voz, solo un aplauso, solo un entusiasmo. Los bravos del público y las flores de lord Viklon llovian sobre la inspirada artista por cuyas mejillas encendidas se deslizaban las mas puras lágrimas de felicidad.

Cuando todos empezaron á aplaudir, Ernesto aplaudió tambien con todos, pero, ay! sus manos no tenian flores ni diamantes que poder arrojar á la artista, y su corazon se oprimió como si el peso de una montaña le ahogara. Por primera vez en su vida Ernesto se sintió pequeño, y si allí hubiese tenido un espejo se hubiera encontrado feo.

Y es que, por vez primera en su vida tambien, se sintió dominado por una emocion que no acertaba á esplicarse y de la que no podia darse cuenta. Habia empezado por aplaudir, y luego sintió que aborrecia á los que aplaudian. Hubiera querido ser solo en sus aplausos como era tal vez en su emocion. Ernesto hubiera dado su vida para poder estar en aquel momento en el palco ocupado por lord Viklon y poder, á puñados, hacer desaparecer las flores bajo una cascada de diamantes.

El pintor español, en su obsesion, soñaba en el futuro Monte-Cristo.

Llegó el último acto y con él el mayor triunfo que ha obtenido jamás artista alguna. No era Laura, era *Desdemona*, la *Desdemona* de Shakespeare y de Rossini en toda su hermosura, en toda su poesia, en todo su delirio, en todo su terror. Melancólica como el lirio de los valles que siente la proximidad del huracan, predecia su horrible destino, lo auguraba en cada una de sus notas, lo contaba en cada una de sus miradas, lo hacia ver en cada uno de sus gritos. Habia cesado de cantar y todo el mundo la escuchaba aun.

De pronto, *Desdemona* lanzó un grito desgarrador, horrible, nervioso, grito que pasó como un estremecimiento de hielo por todos los corazones. La pobre niña acababa de ver destacarse de las sombras una figura espantosa, acababa de ver que era fuerza morir. *Otelo* estaba allí de pié y grave como el *Zampa*, inexorable como el destino.

Oh! era preciso verla entonces, verla sublime de miedo, loca de desesperacion, víctima del dolor! era preciso verla, inocente como la caricia de una madre, pasar del temor que suplica á la indignacion que estalla, é incorporarse, gigante y terrible, en su amor propio de muger amante, en su fiereza de esposa ultrajada.

Despues, como una pobre mártir que necesita palabras de perdon y de consuelo, se torcia los brazos con desesperacion, dejaba caer sobre sus hombros la mantilla ondulante de su cabellera, suplicaba, suplicaba con todos los acentos mas inspirados de la congoja y del miedo, y el brillo fatídico del puñal del moro, derramaba melodiosas lágrimas, enérgicas frases; lloraba, pobre veneciana, su patria, su padre, sus recuerdos de infancia, sus sueños de amores, y huía.... huía pálida, en desorden los cabellos, desencajado el semblante, desplegando su amor á la vida en todo su vigor la poderosa enerjía de sus recursos, y desgarrando el alma de la concurrencia con toda la febril armonía de sus acentos.

Al llegar aquí, el público por un momento pareció volverse loco como un solo hombre. Fué mas que gritos, mas que aplausos, mas que entusiasmo lo

que produjo fué un frenesí, un vértigo, una verdadera embriaguez.

Ernesto estaba fuera de sí. Su alma, virgen de emociones de aquella clase, su alma alimentada por una mezcla de sangre árabe y española, se rasgó como un velo á los acentos de un ángel y entrevió un paraíso con todos sus ensueños y delicias. Ernesto conoció que se volvería loco sino se hacia amar de aquella muger.

Terminada la ópera, los apasionados de la artista quisieron llevarla en triunfo á su casa, y al efecto una lujosa y empavesada góndola se acercó á la puerta del escenario con multitud de jóvenes entusiastas que blandían sus flamígeras antorchas.

Ernesto estaba allí en primera línea de la multitud, á la misma puerta del vestuario, esperando á *Desdemona*.

Toda aquella tarde habia llovido. La calle estaba toda llena de barro, y aunque los pocos pasos que mediaban de la puerta del vestuario á la góndola habian sido tapizados de flores y ramos, la *diva* sin embargo podia mancharse sus piés de raso. Como hacerlo? Laura se presentó en la puerta del escenario antes que se hubiese hallado medio de reparar aquel incidente.

Ernesto estaba allí hemos dicho, y entonces, rápido como el rayo, al verla aparecer y detenerse un momento vacilante antes de atravesar aquella alfombra de flores por entre las que brotaba el agua de los charcos, Ernesto se acordó de las costumbres poéticas y caballerescas de su pais, y obedeciendo á un maquinal instinto, tendió su capa en el suelo ante los pasos de la artista. La *diva* no vaciló ya y atravesó el espacio dirigiendo la mas seductora de las sonrisas al galán español. La turba prorrumpió en vitores y en bravos y, nuevo Rhaleig, despues de haberse puesto su capa manchada de barro, Ernesto se halló por un instante centro de todas las miradas y de todas las felicitaciones.

Solo un hombre le miró con cólera, lord Viklon que habia aparecido tras de la artista y que se mordía los labios de despecho por no habersele ocurrido á él semejante idea.

Adivinaba acaso un rival en su instinto de amante? Al cabo de un rato, la artista, el entusiasmo, las luces, la música, las flores, la multitud, la góndola empavesada, todo habia desaparecido, y Ernesto se habia quedado solo en una calle desierta.

Desde aquel dia recibieron un cambio completo las ideas y costumbres

de Ernesto. Arrojó sus pinceles, y, como toda Venecia, no pensó mas que en la prima donna. Le pareció que sus dias habian corrido hasta entonces tristes y nebulosos, sin la sombra de una pasión, de un tormento, de un deseo.

Ya no se acordó mas de la pintura que era antes su entusiasmo. Todas las noches, palpitante el alma de placeres, iba á colocarse en la orquesta, en el sitio mismo en que la viera por primera vez, en que Laura le hiciera gozar con la majia de su canto tan ricas y para él tan desconocidas sensaciones. En toda la noche no separaba los ojos de la escena, lloraba de dolor cuando la artista dejaba oír sus notas melancólicas y tiernas, y crispábanse sus manos y contraíase su rostro cuando sonaban á sus oídos vibrantes y enérgicos sus acentos de cólera.

Toda la vida de Ernesto estaba allí, en aquellos momentos breves como una eternidad de amor. Pasaba los dias pensando en las noches, deseándolas por momentos, y cuando no habia representacion en el teatro, ó Laura no tomaba parte en ella, Ernesto sentia un punzante dolor, un malestar, un vacío como si le hubiesen robado un pedazo de su corazón.

Las noches que esto sucedia, tomaba el partido de irse á pasear por debajo de las ventanas de Laura, y allí se contentaba con ver los cristales lijera-mente coloreados por la luz de la habitacion, con verla alguna vez á ella misma que salia al balcon á respirar la brisa fresca y amorosa que se estrella-  
ba dulcemente en su inspirada frente de artista.

Una noche sin funcion en el teatro, la prima donna salió al balcon á cuyo pié se hallaba como siempre aguardándola Ernesto; pero aquella vez no estaba sola. Un hombre la acompañaba, y este hombre era lord Viklon. A la vista de aquel terrible rival, olvidado completamente por Ernesto en las primicias de su amor egoísta, toda la sangre se apartó de su corazón sobre el cual pareció que habian arrojado un monte de hielo. Su amor perdió algo de la pura ilusion que le balanceaba en sus alas, pero acaso aquel obstáculo contribuyó luego á desarrollarlo mas y mas, en toda su intensidad, en todo su gigante orgullo español.

Entretanto, ya Venecia toda empezaba á ocuparse del jóven, como poco antes se habia ocupado de lord Viklon. En efecto, aquella constancia en situarse en la orquesta siempre en el mismo sitio, la fijeza con que tenia clavados sus ojos en la artista, el injenuo arrobamiento que en él producía la voz de Laura, sus aplausos, frenéticos algunas veces, y otras sus lágrimas de ternura, sus sollozos que no podia ni sabia comprimir, todo esto habia em-

pezado por llamar la atención de sus vecinos que se lo hicieron observar á los otros y así sucesivamente, hasta llegar una noche en que el pobre pintor español tuvo tantas miradas en él como la misma artista. Algunos le creyeron loco, otros no llegaron á tanto, pero le dieron por perdidamente enamorado. La misma Laura acabó por reparar en él, por notar aquel rostro pálido, de un tipo árabe puro, orlado de sedosos cabellos negros, iluminado por una frente espaciosa y pensadora, que todas las noches la seguía á cualquier parte que se volviese, que se quedaba con los ojos clavados en el bastidor por donde entraba y que fijos los hallaba en el mismo sitio cuando salía, solo que entonces chispeaban de placer como si la rindieran un cordial saludo. Cuando hubo reparado en él, conoció asimismo que aquel joven era el galán que un día le tendiera la capa para que sus lindos pies no se mancharan de barro.

Pero antes que Laura, antes que los vecinos de la orquesta, antes que el público, otro hombre había notado aquella solicitud del joven español, aquella emoción que comenzaba, que podía con el tiempo llegar á ser un amor, y por lo mismo un torrente.

Lord Viklon era el hombre de las resoluciones prontas. Calculó todas las consecuencias de aquella pasión romanesca y pesó todas las probabilidades de éxito.

Una noche Ernesto se retiró á hora muy adelantada de los alrededores de la casa de Laura hasta donde siguiera su góndola al salir del teatro; sombrías y tortuosas calles se abrían ante él, y á mitad del camino parecióle observar una sombra que le precedía rozando las casas. Un momento le perdió de vista, pero al embocar una nueva calle, volvió á verla parada en un ángulo oscuro. Ernesto era valiente y arrojado, y por lo mismo abandonó la acera para estar mas libre en sus movimientos.

Al pasar por delante del hombre parado, este dió un salto, y un brazo armado de un puñal cayó sobre Ernesto, pero el joven español pudo bruscamente hacerse atrás y el arma se perdió en los pliegues de la capa que, previendo el peligro, había arrollado á su brazo izquierdo como hacen los manolos españoles. En seguida y en un abrir y cerrar de ojos, Ernesto se precipitó sobre el bandido al que rindió con una fuerza de puño, increíble á primera vista. En la lucha, el asesino dejó caer el verduguillo, del que se apoderó su adversario apuntándosele al pecho.

— Como hagas un movimiento, mueres como un perro, — dijo Ernesto.

— Per Bacchol bien seguro estais de que no lo haré, — contestó el rendido. — Me aprétais la garganta de un modo que no tardaré ciertamente en dejar de hablar.

Ernesto abrió su mano y dejó libre la garganta del *bravo*.

— Me das palabra de no intentar nada contra mí? — le dijo Ernesto.

— Os la doy.

— A fé de bandido?

— A fé de bandido y por San Giacomo mi patron. Sois un bizarro caballero y á fe mia que hubiera sido lástima mataros.

— Levántate!

El bandido se levantó admirado de aquella generosidad desconocida, y se quedó inmóvil ante Ernesto.

— Ahora dime, — prosiguió este.

— Quanto gustéis, noble caballero.

— Quién te ha pagado para asesinarme?

El *bravo* acarició con su mano su puntiaguda barba.

— He cobrado el dinero y debo callarme, — contestó.

— Bien está, toma tu puñal, — dijo entonces con toda calma y alargándole el verduguillo, — toma tambien estos tres ó cuatro ducados para que no hayas perdido del todo el tiempo, y vete.

San Giacomo mi patron me niegue su amparo, — dijo en esto el bandido tomando el verduguillo y los ducados, — sino sois, escelencia, el hombre mas noble que he conocido. Y mirad, por lo mismo que sois todo un caballero, escelencia, no quiero que se diga que os debo la vida sin habérselo agradecido. La verdad, el hombre que me ha pagado para asesinaros, es un inglés que vive en la fonda de *Inghilterra, piazza della Madona*.

— Un lord quizá?

— Cabalmente, escelencia.

— Lord Viklon?

— El mismo.

— Gracias. Adios.

Y se separaron.

Al día siguiente de esta aventura, lord Viklon tenía algunos amigos convida-

dos á comer. Se habló largamente de la prima donna que tenia casi vuelto el juicio á los habitantes de Venecia y que se lo tenia vuelto del todo á lord Viklon.

—Amigo mio,—decia uno de los convidados,—decididamente la suerte os es contraria. La España se llevará la supremacia sobre la Inglaterra, y el leopardo britano tendrá esta vez que rendirse al leon español. Es una derrota nacional.

—Sí, querido,—añadia un segundo,—ese jóven con su rostro pálido, sus miradas lánguidas, su silencio romancesco y sus trovadorescos modales, va á haceros perder sin ningun fruto los infinitos ducados que malgastados llevais ya para conquistar esa ciudadela....

—Que, está visto, es inespugnable para vos,—continuó el primer interlocutor.

Lord Viklon callaba.

—Toda Venecia,—añadió un tercero,—se ocupa del amor de ese jóven, de esa especie de adoracion que tributa á la prima donna Laura. Á las mujeres les gusta ser amadas así, novelescamente, y hay quien se paga mejor de una serenata bajo sus balcones, que de algunos puñados de oro derramados en su obsequio. Está visto; el pintor podrá mas que el lord.

En este momento entró el criado de lord Viklon con un billete que entregó á su señor. Este le abrió y leyó.

«Se aconseja á lord Viklon,—decia la carta,—que otra vez deposite en mejores manos su confianza. Cualquiera español necesita, lo menos, para ser vencido, cuatro asesinos.»

ERNESTO DE A\*\*\*

Lord Viklon leyó este lacónico billete sin inmutarse, con aquella calma y sangre fria tradicional de los hombres de su país.

Hizo seña á sus dos amigos que prosiguieran la conversacion y entró en su gabinete donde escribió dos cartas, una de las cuales iba dirigida á la artista Laura y otra al español Ernesto. Ambas fueron llevadas á su destino por el criado del lord. En seguida, lord Viklon volvió á entrar en el comedor y, sentándose tranquilamente á la mesa, prosiguió la comida.

No tardó en volver á rodar bien pronto la conversacion sobre el mismo asunto y volvieron las chanzas y burlas á llover sobre el anfitrión. Este todo lo recibia sonriendo. A la media hora, el criado estaba de vuelta portador de una contestacion á una de las cartas.

Lord Viklon la leyó con una mirada pues se componia de una sola palabra, y entónces, levantándose y prestando á su acento un tinte de solemnidad:

—Señores,—esclamó,—el leopardo inglés llevará tambien esta vez la ventaja sobre el leon de España. Os invito á mi boda con la signora Laura Contadini que tendrá lugar dentro de tres dias. Quedais todos convidados para dicho dia. Lady Viklon tendrá un placer al ser presentada á mis mejores amigos.

Los ingleses se quedaron estupefactos; en seguida aplaudieron frenéticamente y pidieron al mozo *lacrima Christi* para beber á la salud de la futura.

Ahora diremos el contenido de las cartas que habia lord Viklon espedido por medio de su criado.

La primera dirigida á Laura decia:

«*Carissima signora*, aceptais mi mano y con mi mano mi título y con mi título mis riquezas?.....

Á este billete Laura habia contestado lacónicamente: *Acepto!*

La segunda carta decia:

«Lord Viklon participa al señor Ernesto de A\*\*\* su enlace en la noche del próximo sábado con la signora Laura Contadini y ambos tendrán á sumo honor que dicho señor se digne acompañarlos en su ceremonia y al banquete de boda que tendrá lugar inmediatamente de terminada.»

Á esta, nadie habia contestado.

Laura se casó, la prima donna se transformó en lady Viklon y tuvo diamantes y coches, pero, ay! ya no mas flores ni serenatas. Perdió Venecia sus noches de delicia, y Ernesto, el pobre Ernesto se volvió loco.

El galan español habia tenido fuerzas para asistir á la ceremonia del enlace desde un rincon de la capilla, y al ver á Laura dirigirse risueña al altar sin conocer que iba á trocar por un título de lady una corona de reina, el pobre jóven cayó desvanecido al pié de una columna en que estaba apoyado. Allí le encontraron tendido mucho tiempo despues de la ceremonia, pero al volver en sí habia completamente perdido el juicio.

Solo fué cinco meses despues cuando empezó á hallarse el jóven artista en estado de reunir y coordinar sus recuerdos.

En el interin, Laura, es decir, lady Viklon, habia partido con su esposo para Londres, pero allí la aguardaban amargos desengaños, allí fué donde empezó una larga carrera de sufrimientos que hizo verdaderamente de la cantatriz una víctima y de la esposa una mártir. Todos los que, artista, la habian aplaudido; lady Viklon, la despreciaban. Tuvo que despedirse para siempre de